

Editorial

Los confines de la vida

¿Qué sería de la vida sin la ciencia? Esta es una de las preguntas que más ha sido revisitada en los últimos años por la filosofía, debido precisamente a los avances que la ciencia viene haciendo en cuanto al conocimiento de la naturaleza se refiere, y consecuentemente, al diseño de técnicas que permiten la aplicación de ese conocimiento alcanzado de manera de darle un uso “apropiado” para vivir. Desde que la humanidad es humana conscientemente, desde que el *homo erectus* comenzó su tránsito por las praderas y correr tras sus presas para cazarlas y alimentarse de ellas, o para huir de las garras de las feroces criaturas que la habitaban, ha dependido crecientemente de su inventiva para sortear las dificultades que la vida misma le antepone. El conocimiento representa para el ser humano su fuente esencial de sobrevivencia, por lo que es de propia naturaleza humana, tal como consta desde la prefilosofía, hacerse preguntas sobre sí y el entorno y responderlas de manera de satisfacer la curiosidad que le antecede, dándole luego utilidad a lo conocido. Así, la vida humana dependió cada vez más del conocimiento, el cual, desde la Modernidad, conocemos como “ciencia”. El paso del conocimiento puro y simple al conocimiento científico, fue una cuestión de mera estrategia de la evolución del cerebro, mediada, hoy sabemos, por la misma inteligencia humana. Es cuestión de complejidad.

Pero a la par de este sentido de interrogación, también puede hacerse una transposición de los términos y proponer una inferencia inmediata dándole otro sentido a la reflexión: ¿Qué sería de la ciencia sin la vida? La verdad es que este sentido de interrogación podría dejar perplejo al intérprete si no se ha percatado que hemos comenzado a transitar una nueva era de la vida. Y esa era tiene más que ver con los conceptos y cosmovisión actual que con la misma temporalidad que la contiene, pues los cambios sufridos en el entorno por mor de la aplicación útil del conocimiento, han puesto al descubierto que la vida es la esencia de todo cuanto existe, aunque la conciencia de esa vida como totalidad la tengamos solo

los miembros de una sola especie: esa del homo sapiens. Así pues, la vida se trastoca desde esta línea de reflexión en el agente de todo orden ideado por la existencia humana, cuestión que ubica al orden del conocimiento a la subordinación del orden de la vida. Es superior la vida, y a ella se debe toda acción humana.

De lo anterior, entonces, se deduce que la ciencia como orden del conocimiento no puede estar supeditando a la vida en su acción de ordenar. Es la vida la que propone el orden de las taxonomías que describen el mundo natural y por tanto es la ciencia la que se orienta en ese orden de cosas. De esta forma la vida deviene en sujeto y objeto, de lo cual se infiere que la vida es ordenante y ordenadora del mundo de vida humano. La ciencia como institución ordenadora del mundo es a su vez subordinada de ese orden que construye; lo contrario sería ir en contravía de la naturaleza, y todos sabemos lo que ocurre como consecuencia: el cambio climático es solo un ejemplo elocuente de ello. Entonces la respuesta a ese sentido de interrogación no es otro que la ciencia no sería nada sin la vida.

Dr. José Vicente Villalobos Antúnez
Editor Jefe